

Apostolado de la vida interior

Que es la vida interior

Para muchas personas, la “vida interior” es una cierta serenidad interior, libre de las complicaciones del mundo exterior, una forma de vida que permite alcanzar un cierto equilibrio interno de la persona. Para otros, es un cierto nivel de pensamiento y sentimiento que da una mayor comprensión e inspiración en la vida social y profesional. Para otros puede significar una relación con el Ser supremo, que es fuente de paz y energía superior; es decir, una armonía con Dios, que nos permite vivir de manera positiva. Para otros, es una interiorización de todo lo vivido (ideas, deseos, experiencias, hábitos, condicionamientos) hasta alcanzar la identidad misma de Dios.

Con Dom Jean-Baptiste Chautard, podríamos definir la vida interior como “el estado de actividad de un alma que reacciona para regular sus inclinaciones naturales, y se esfuerza por adquirir el hábito de juzgar y gobernarse en todo según las luces. Evangelio y los ejemplos de nuestro Señor”.

Para nosotros, concretamente, la vida interior debería significar vivir en unidad toda la realidad, todas las dimensiones de la vida –nosotros acostumbramos a concentrarlas en las “cuatro ruedas”–, todo uno mismo, en todas las circunstancias...; libres de cualquier fragmentación, propia de nuestra época, provocada por muchas realidades externas o internas. Solo cuando todo lo que vivimos o hacemos se convierta en expresión de una profunda unidad interior, podremos decir que vivimos como hemos sido llamados a vivir.

Solo con un mínimo de equilibrio de la personalidad es posible alcanzar también un nivel mínimo de vida espiritual. En todas las etapas de la vida necesitamos tener algo de máximo valor, que hace que todo lo demás sea secundario. Para nosotros los cristianos, es Dios y su Reino –la perla preciosa y el tesoro del que habla Jesús en el Evangelio–, lo que nos lleva a considerar todo lo demás como secundario.

Esto que se dice a nivel personal se aplica también a nivel colectivo, comunitario. Es necesario llegar a vivir en unidad todo lo que existe. Por otro lado, si no hay unidad en el interior, no puede haber unidad en el exterior.

La vida interior, fuente, motor y alma de todo apostolado

Es inevitable evocar aquí el conocido libro de Dom Jean-Baptiste Chautard, *El alma de todo apostolado* –bien conocido por nuestro Fundador–, que realmente quiere mostrar que, sin la vida interior, toda la actividad y dedicación del apóstol se vuelve infructuosa y puede incluso vaciar a la persona misma del apóstol.

El propio autor sugiere la necesidad de evitar la tentación de ver la vida interior como “una especie de oasis en el que refugiarse para pasar la vida perezosamente”. Y aplica en este sentido las palabras del Evangelio: “El reino de los cielos sufre violencia la fuerza y los violentos lo arrebatan” (Mt 11,12). De hecho, no es posible encerrarse en el nivel espiritual: la auténtica vida interior se proyecta necesariamente en acción en favor de los demás, en las diversas obras del apostolado.

En todo caso –afirma el Autor– hay que evitar la tentación de oponer el pretexto de la urgencia de la salvación de las almas para descuidar la vida de intimidad con Dios, olvidando que “la acción debe ser sólo un desbordarse de la vida interior” y que “la base, el objetivo y los medios de una obra deben estar empapados de vida interior” porque ciertamente lo que se busca con las obras es hacer el bien, pero a veces, si “los organizadores tenían una fe vacilante en el poder de acción de la vida sobrenatural sobre las almas, a pesar de mil esfuerzos, los resultados han sido nulos o casi nulos”.

Dom Chautard pone un ejemplo muy elocuente: “El corazón late día y noche, y un solo momento de detención de este órgano esencial conduciría inmediatamente a la muerte. El brazo, en cambio, es solo una parte integrante del cuerpo humano y se mueve solo a vez en cuando. Esto nos enseña que a veces debemos dar pausa a nuestras ocupaciones externas, mientras, por el contrario, nunca debemos dejar de aplicarnos a las cosas espirituales... Sin esta vida, todo es lánguido, estéril y lleno de imperfecciones”.

La vida interior es condición para la fecundidad de las obras. “Recordemos que si el apóstol realiza el dicho evangélico: ‘El que permanece en mí y yo en él...’, la fecundidad de su acción, querida por Dios, está asegurada: ‘...ese da fruto abundante’ (Jn 15,5)”. Al contrario –prosigue Dom Chautard–, “la falta de vida interior, y la consiguiente manifestación de las pasiones humanas, explican tantas derrotas”.

Y cuando el apóstol parte de una sólida vida interior, no sólo coopera con Dios para la salvación de los demás, sino que hace de toda actividad un medio de santidad para él mismo: la vida interior –afirma Dom Chautard– es “la base de la santidad del obrero apostólico”. La razón es que “La santidad no es más que la vida interior llevada a la más estrecha unión de la propia voluntad con la de Dios. De ordinario, y salvo un milagro de la gracia, el alma no llega a este objetivo sino después de haber pasado por muchos y dolorosos esfuerzos”.

La vida interior es apostolado en sí misma

Para Dom Chautard, la esencia del apostolado consiste en que el apóstol desarrolla en su alma, en grado superlativo, la gracia de Dios y la transmite a los demás. Cuando uno posee en sí mismo, de manera intensa y abundante, la vida de la gracia, la acción de Dios se hace sentir –incluso involuntariamente– a través de esa persona, en aquellos a quienes quiere conquistar. En sus almas, esa acción produce, por tanto, frutos espirituales similares a los que produjo en el alma del apóstol. Así el apostolado será fecundo cuando su instrumento humano goce de una alta participación en la gracia divina; en cambio, será estéril cuando esta participación sea insuficiente.

Dios se manifiesta de alguna manera a través de las personas de vida interior. Lo sobrenatural brilla a través de los ojos de los demás, que perciben algo del misterio de Dios. Quizás sea el esplendor del influjo divino que la teología llama gracia santificante, o el resultado de la presencia inefable de las Personas divinas en las personas santificadas por ellos. San Basilio explicaba que cuando el Espíritu Santo se une a las almas purificadas por su gracia, las hace más espirituales. Como el sol hace más resplandeciente el cristal que toca o penetra con su rayo, así el Espíritu santificador hace más resplandecientes las almas en las que habita, y con su presencia se vuelven como fuegos que difunden a su alrededor la gracia y la caridad.

Son reflexiones de Dom Chautard, quien afirma también que a través de la vida interior el apóstol irradia *fe*, porque la presencia de Dios en él se manifiesta a las personas que lo escuchan; irradia *esperanza*, porque su fe lo ha confirmado definitivamente en la convicción de que la felicidad no se encuentra más que en Dios y sólo en Dios; irradia *caridad*, porque apunta sobre todo a la posesión de la caridad y la finalidad del hombre interior es la compenetración entre Jesús y el alma (cfr. Jn 15,1-8); irradia *bondad*: aunque estuviera naturalmente inclinado al egoísmo y a la dureza de corazón, estos defectos desaparecerán gradualmente.

La vida interior genera más vida interior; conviene recordar que la vida interior mediante la Eucaristía compendia toda la fecundidad del apostolado; que la oración es un elemento indispensable de la vida interior y, por tanto, del apostolado, mientras que la vida litúrgica es fuente de vida interior y de apostolado; y –concluye Chautard– para la vida interior personal es necesaria una verdadera devoción a la Virgen María, Madre de Dios y de los hombres.

El pensamiento del beato Santiago Alberione

El P. Alberione se queja de que a menudo el apostolado de la vida interior “no figura entre los demás, se va tras el americanismo, es decir, se mira solo la acción exterior, en detrimento del espíritu. Este apostolado es nuestra santificación y el trabajo que hacemos para enmendarnos y adquirir virtudes... Es el esfuerzo por decir no a la naturaleza y sí a Dios... Y es también el apostolado de la vida interior lo que nos prepara para la vida eterna... La persona de vida interior recibe consejos, acepta correcciones, toma resoluciones y vigila; cumple así el mayor de los apostolados...” (*Alle Figlie di San Paolo*, 1947, pp. 402-403).

Y observa agudamente: “Se dirá que este apostolado es demasiado personal y egoísta; sí, el alma acumula para sí, pero actúa como la estufa que traga leña y carbón y luego esparce su calor benéfico a su alrededor... Quien trabaja espiritualmente en su interior, realiza el más ventajoso de los apostolados, porque se une a Dios y luego lo comunica a las almas” (*Ibidem*).

Decía también el beato Santiago Alberione en 1947: “El apostolado es irradiación de Cristo, imitación de él; es la flor de la caridad, más aún, su fruto: cuanto más se ama, más se busca la voluntad del amado” (*Ibidem*, p. 401). Y también: “El apostolado de la vida interior es ese compromiso, ese deseo, ese trabajo, ese esfuerzo continuo por alcanzar la santidad... Es un trabajo verdadero y agotador: el más noble, el más necesario con consecuencias eternas. La persona que intenta hacer el alma cada vez más pura, cada vez más bella... realiza un verdadero apostolado” (*Ibidem*, pp. 448-449).

Lo afirmaba rotundamente el Fundador al describir la persona del apóstol: “Apóstol es el que lleva a Dios en el alma y lo irradia a su alrededor. Apóstol es un santo que acumuló tesoros; y comunica el exceso a los hombres. El Apóstol tiene un corazón encendido de amor a Dios y a los hombres; y no puede comprimir y sofocar lo que siente y piensa. El Apóstol es un vaso de elección que se derrama, y las almas acuden a él a saciar su sed. El Apóstol es un templo de la Santísima Trinidad que actúa sumamente en él. Como dice un escritor, exuda a Dios por todos los poros: con palabras, obras, oraciones, gestos y actitudes; en privado y en público; por todo su ser. ¡Vivir de Dios! Y dar a Dios (*Ut perfectus sit homo Dei* IV, p. 278).

Y afirmaba que la vida interior es apostolado por dos razones: “porque el alma que se esfuerza por alcanzar la santidad obtiene bendiciones en todo el medio en que vive y para todo el mundo... es como un imán que insensiblemente atrae los corazones a Dios... suscita apóstoles y promueve otros apostolados...” (*Alle Figlie di San Paolo*, 1947, p. 401); y también “porque realiza un verdadero apostolado en virtud de la comunión de los santos” (*Ibidem*). Y hace una hermosa comparación: “El alma de la vida interior está en la Iglesia como el corazón que envía sangre a todos los miembros y, por tanto, todos obtienen bien de su santidad. Un alma que trabaja por su propia santificación no es una egoísta que se encierra en sí misma, sino que es dinámica, activa por el bien de los demás; su vida no es ociosa, sino eficaz, fecunda” (*Ibidem*).

El P. Alberione abre a todos la posibilidad de realizar un apostolado muy fecundo: “Los enfermos que no tienen aptitudes y posibilidad de emplearse en el apostolado de la acción, se hagan buenos, ofrezcan a Dios sus sufrimientos y ejercerán un apostolado igualmente eficaz” (*Ibidem*, pp. 448-449).

Y en el libro *Maria Regina degli Apostoli* (p. 35) escribe el P. Alberione: “La santidad interior es el primer y más esencial apostolado, inconfundible e insustituible. Si hay vida interior, siempre está el apóstol, aunque sea un san Antonio en el desierto, un cartujo en silencio, una laica enclaustrada que se dedica a los trabajos más humildes”.

Conclusión

Hoy no es fácil vivir la unidad interior porque hay tantas fuerzas dispersivas en nosotros y a nuestro alrededor. Y si estamos interiormente divididos, no vivimos plenamente ni siquiera una de las dimensiones que componen nuestro ser.

Para lograr la unidad, esencial para la realización de la propia vida, lo primero que hay que hacer es experimentar todos los elementos, que son tan diferentes en sí mismos, como expresión de una sola unidad. Es necesario que no haya una superposición de fragmentos, sino que vivamos nuestro ser en unidad, plenamente, en todo momento. De ese modo, la unidad personal –libre de miedos, preocupaciones, deseos, etc.– nos llevará al descubrimiento y a la experiencia de la Unidad: de Dios.

Por otro lado, la vida interior es un arte y el arte se aprende. La guía más preciosa se encuentra dentro de uno mismo. No importa el nombre que se le dé; se la puede llamar –con san Agustín– el “Maestro interior”... Pero hay que descubrirla. Los otros maestros no tendrán otra función que la de favorecer este encuentro de uno mismo con el Ser Supremo. Se trata de descubrir en sí mismo la imagen divina en el sentido del texto del Génesis: Dios creó al hombre a su imagen y semejanza (cfr. Gn 1,26).

Esta imagen puede compararse con un germen divino, infinitamente pequeño y frágil. La vida interior tiene la función de despertar esta semilla. Así, con su vida interior, el hombre muerto y resucitado prolonga la obra de Cristo en el universo. Ni siquiera habla de Dios, porque se ha convertido en un testimonio vivo de la vida divina. Nada se perderá mientras haya hombres que hayan cobrado vida gracias a la plenitud de su vida interior. Dan esa plenitud al universo y lo salvan transfigurándolo (cfr. Marie Madeleine Davy en *Les Chemins de la profondeur*).

Me gusta hacer una comparación, seguramente banal, pero que puede permitirnos acercarnos un poco más a esa realidad infinita que es el apostolado de la vida interior. Podríamos pensar en los paneles de energía solar: reciben energía del sol, y la acumulan para luego aplicarla y distribuirla de muchas formas según las necesidades. La vida interior recibe de Dios la energía de la gracia, que el creyente acumula en el corazón de Dios. Él la distribuye misteriosamente en la medida de las necesidades y de su infinita misericordia.

La vida interior, además, produce en el apóstol una irradiación misteriosa. Una especie de energía sobrenatural, que misteriosamente afecta y conmueve corazones, de manera misteriosa, desconocida para nosotros porque nos supera, que es administrada por Dios de una manera igualmente misteriosa. A nosotros nos toca confiar en él y seguir viviendo esta interioridad, con la seguridad de que producirá sus frutos apostólicos, aunque nunca los conozcamos.

El P. Alberione afirma que este apostolado de la vida interior es posible para todos: “Alégrense las almas que, en silencio, oran y sufren. ¡El mundo provoca a Dios a la indignación y al castigo! Pero ellas lo salvan con la reparación. Trabajan en la edificación del cuerpo de Cristo, quizás más y mejor que los que recorren el mundo, que los que se agotan en arduas empresas (*Maria Regina degli Apostoli*, p. 37).

Y afirma también que este apostolado es el primero de todos porque: “es la raíz de todo apostolado. Es obligatorio para todos. Todos pueden hacerlo, y siempre es posible. El apostolado de la vida interior consiste en nuestra especial obra de santificación; purificación del mal; unirnos a Jesucristo. Este trabajo y celo por nuestra alma despertará el deseo de salvar otras almas” (*Alle Figlie di San Paolo*, 1947, p. 448).

Este es quizás el desafío típico de nuestro tiempo. O se intenta vivir el apostolado de la vida interior, o se corre el riesgo de trabajar mucho, con la pretensión de “hacer apostolado”, que será en cambio un simple “címbaro que aturde” (1Cor 13,1), con el riesgo de vivir una vida vacía y vaciadora, estéril.

Concluamos con la invitación de san Pablo VI: “Esto quería decirles, queridos hijos; debemos dar a la vida interior la importancia que se merece, tanto en el equilibrio del desarrollo pedagógico de las facultades humanas, como sobre todo en la realización de la salvación cristiana propia y ajena. El hombre moderno, diremos con el símil de un filósofo de nuestro tiempo, ha salido de casa y ha perdido la llave para volver a entrar; está ‘fuera de sí’. ¡Que no suceda así con el cristiano!” (*Audiencia general*, 16 de agosto de 1967).

P. José Antonio Pérez, ssp